

El General José de San Martín: su espíritu religioso^(*)

Así como las ciencias físico-químicas han hallado la manera de concentrar en el pequeño volumen de los comprimidos, las más eficaces energías medicinales o nutritivas, y así como las ciencias matemáticas han llegado a reducir, en no pocos casos, a fórmulas breves pero comprensivas, largas y complicadas teorías, así también, aunque con menores garantías de éxito, a causa de la posible y aun probable intervención de factores subjetivos, ha llegado la historia, o han llegado los historiadores, a reducir a pocos rasgos, a pocas expresiones o frases, las vidas, aun las más largas, las más complicadas y las más variadas, de quienes han actuado en el amplísimo escenario de la vida.

Sólo después de mucha investigación, de mucho estudio, de mucha meditación, se ha podido llegar a esas síntesis históricas y sólo son dos los próceres de la Patria Argentina, de quienes se puede decir que ha sonado ya para ellos la hora de la síntesis y, por ende, la del veredicto firme, seguro, incuestionable. Nos referimos a Belgrano y a San Martín.

Por lo que respecta al segundo de ellos, al General José de San Martín, cuyo centenario en la eternidad celebramos en este año, atrévome a sintetizar todo su ser y todo su haber, en esta sola frase: **fué San Martín el más grande soldado, de temple más caballeresco y de espíritu más cristiano, que nació, vivió y luchó en la América hispana, así antes como después de 1810.**

En una síntesis menos preñada, diría con relación al espíritu y a la acción del gran soldado de Yapeyú, que: **por herencia fué español y fué soldado; por educación y por convicción fué un caballero cultísimo y un católico sin tacha; por su acción militar fué grande en Chacabuco y en Maipú, e incomparable-**

(*) Discurso pronunciado por su autor en el Teatro Rivera Indarte, de Córdoba, el día 23 de junio de 1950. Días antes lo había leído en el Instituto de Filosofía (Buenos Aires).

mente más grande, en el cruce de cuatro cordilleras, al frente de un ingente ejército; por su acción cívica superó en grandeza de espíritu a todos sus contemporáneos y se superó a sí mismo, retirándose del campo de la gloria, después de Guayaquil, a fin de evitar una posible y aun probable guerra civil. Su amor a la soledad, al silencio y a la meditación fué lo que iluminó su inteligencia y lo que rebusteció su carácter y lo que hizo que conociera cuál era la verdadera grandeza: una austeridad casi monacal, le hizo insensible tanto a los halagos del amor, como a los de la gloria vana y la posesión de riquezas superfluas, mientras el bienestar y la felicidad de los demás fué el móvil de sus acciones. Tuvo la idea firme y luminosa de que Dios le había traído a la vida para hacer algo grande, y tuvo la satisfacción de cumplir los designios divinos. Cumplido su augusto deber, sólo pensó en disponerse a morir santamente, esto es, como debe morir todo buen cristiano, como se expresaba el mismo San Martín.

Tal vez pongáis en duda algunos de los asertos que acabo de hacer, por más que sean el fruto de luengo estudio y de prolongada meditación, pero en la presente conyuntura sólo voy a detenerme en uno de ellos: el referente a su religiosidad, a su catolicidad.

Y no creáis que es éste un tópico sobre el que improviso. Muy al contrario. Sobre ese tema publiqué en 1919, hace ya más de treinta años, una extensa monografía, la primera, cronológicamente hablando, que se llegó a escribir sobre ese aspecto, no sólo interesante, sino interesantísimo y FUNDAMENTALISIMO, en la vida del General José de San Martín.

Nueve años antes de publicar esa monografía, en las columnas del Mensajero Andino Platense, había yo tenido la oportunidad de disertar bajo la dorada cúpula del National Museum de Washington y a orillas del histórico y poético Río Potomac, sobre la religiosidad de Jorge Washington, y "permítidme, decía entonces, que evoque aquí el recuerdo de los dos hombres que en mi patria fueron también como Washington, the first in peace, the first in war, the first in the hearts of their countrymen, los primeros en la paz, los primeros en la guerra, los primeros en los corazones de sus conciudadanos: San Martín y Belgrano. Como en la vida incontaminada de Washington, nada hallaréis en las vidas de estos próceres, que indique perversión religiosa, que signifique degradación moral,

antes, todo, en ellos: sus principios, sus palabras, sus acciones, responden a los postulados más severos del cristianismo.

¿Puedo acaso, hoy, al cabo de ocho lustros, desde que hice este aserto, y al cabo de treinta años desde que publiqué aquella monografía sobre la catolicidad del General José de San Martín, puedo acaso sostener hoy lo que entonces dije, lo que entonces escribí?

Afirmo sin titubeos, y afirmo con la mayor firmeza, que sí, no obstante el hecho de que antes y después de esas fechas, ha habido y hay quienes sostienen que el gran soldado de la emancipación americana fué masón, y ha habido y hay quienes declaran que fué un deista, y ha habido y hay quienes indican que nada, o muy poco, tenía él de católico auténtico.

Antes de avanzar en nuestra exposición, definamos lo que es ser masón, lo que es ser deista, lo que es ser católico. Aun más: digamos lo que es un católico nominal, un católico práctico, un católico ferviente, un católico apostólico.

Por masón entendemos al que se ha afiliado a esas Logias o asociaciones secretas que usan varios símbolos tomados de la albañilería, entre cuyos objetivos primordiales se halla el combatir al catolicismo, y que han sido explícitamente condenadas por los Romanos Pontífices.

Por deista entendemos a aquel que admite la existencia de Dios y profesa una religión natural, pero niega la revelación divina y toda religión positiva.

Por católico entendemos al cristiano que profesa la religión católica. Católico nominal es aquel que se considera católico, pero habitualmente piensa y obra, con prescindencia a lo menos de la doctrina y de la moral católicas. Católico práctico, (o militante, como suele decirse), es el que conoce y acepta, así el credo católico, como las enseñanzas de la Iglesia, y se empeña en cumplir con los mandamientos, así divinos como eclesiásticos.

El católico práctico puede ser ferviente, apostólico y santo. Ferviente es aquel que además de lo dicho, comulga entre año, siente afecto a la Virgen Nuestra Señora, participa en devociones y obras católicas. En otras palabras: realiza obras de supererogación.

El católico práctico y ferviente será además apostólico si se esfuerza por impedir las ofensas a Dios y, en cuanto puede, propaga la doctrina y moral católicas. Será un santo si ejecuta todo lo dicho en grado heroico.

Puestas estas deficiones, veamos si el General San Martín

fué masón, o si fué deista, o si fué católico, y en caso de haber sido católico, cuál era el grado de su catolicidad.

Nuestra primera tesis es ésta: San Martín no fué masón; aun más, San Martín no pudo ser masón. Al hacer el primero de estos asertos, nos referimos no solamente a la época de su actuación, con anterioridad a 1823, pero igualmente a la época de su retiro y aislamiento en Europa.

Primero: no fué Masón. Fué, es verdad, miembro y miembro destacado, de la Sociedad Lautaro, llamada también Logia Lautaro, pero esta Logia o Sociedad nada tenía, absolutamente nada, de lo que constituye el objetivo primordial de las Logias: la guerra a la Iglesia. Aun más: ni estaba en manera alguna vinculada a la Masonería.

Todos los historiadores argentinos, chilenos y peruanos, sin una sola excepción de valía (son excepciones José Manuel Estrada en sus *Lecciones*, Francisco Bauzá y Vicente Gambón), aseveran y prueban que la Sociedad Lautaro, a que estuvo afiliado San Martín, sólo tenía de masónico el secreto, algunos juramentos y algunos procedimientos externos. Tal es el juicio de Mitre, de Carranza, de Rojas y de Otero, que son los más prestigiosos conocedores e historiadores de la vida y actuación sanmartiniana. Mitre, afiliado y jefe de las logias porteñas, estuvo en lo cierto al estampar en su magna lucubración sobre la Revolución de Mayo, que la Sociedad o Logia Lautaro "no fué una máquina de guerra, ni de propaganda especulativa: fué una máquina de revolución contra el enemigo común, a la vez que de defensa contra los peligros interiores".

El señor Juan Cánter, que es quien más a fondo ha estudiado la historia externa e interna de las logias, que hubo en América en los tiempos de la emancipación americana, niega en absoluto, el que esas logias tuvieran objetivo alguno "dogmático" o anti-religioso y eso explica el que en la Logia Lautaro "se hallaban incorporados sacerdotes". "Sólo tenía las fórmulas externas masónicas y el ceremonial de la iniciación", asevera Cánter, y, según el mismo historiador, "los fines perseguidos por la logia pueden reducirse a tres enunciados: Independencia, democracia, constitución. Antes había escrito, hablando de las logias de la época revolucionaria, que "se les asigna a todas las sociedades secretas americanas un linaje francmasón, lo que significa para mí un juicio falaz. Debemos distinguir congregaciones, sectas, fórmulas y ceremonias. Pudieron existir semejanzas de modalidades, régimen directivo, ceremonial, métodos

propagativos, es decir, lo que podríamos denominar: las formas externas, el ropaje, la técnica, mas NUNCA una esencia ritual".

Cáncer recuerda cómo José Manuel Estrada consideró a la Logia Lautaro, como masónica, y reprueba su errado juicio, pero hemos de recordar que si en sus célebres **Lecciones** incurrió efectivamente Estrada en ese error, él mismo se corrigió, años después, y en forma terminante y absoluta. He aquí sus palabras: la Logia Lautaro "nada tenía de común con la francmasonería. Imitaba, en efecto, su disciplina; tenía semejanzas, nada más que semejanzas con ella, pero no pertenecía a la liga del masonismo. Era una sociedad meramente política".

El doctor Ricardo Rojas, en el extenso estudio que dedica a la Logia Lautaro, en **El santo de la espada**, asevera que "no dependía de matrices masónicas, ni siquiera de otras asociaciones secretas meramente políticas. Fué autónoma, aunque tomó de la Masonería su disciplina, su misterio, su jerarquía y también algunos de sus símbolos". Poco antes había escrito que "proponíanse los "lautarinos" de Buenos Aires, organizar la opinión pública, fortalecer la autoridad, disciplinar la milicia, propagar la revolución y definir los propósitos democráticos de la emancipación americana". Todo esto es del doctor Rojas y de él es también este aserto: "No existe ningún documento para probar que San Martín haya sido masón".

Hoy que conocemos las Constituciones de varias Logias americanas, entre ellas las de Santiago de Chile y las de Lima, análogas o idénticas en sus fines y en sus medios, a las de la Lautaro, cuyas constituciones no han llegado hasta nosotros, sabemos con toda precisión la índole **absolutamente** política de esas entidades patrióticas. Por las Constituciones de la Chilena sabemos que era obligatoria la presencia de un asesor eclesiástico en las reuniones de la misma.

Es probable que la Sociedad Lautaro tuviese también esta prescripción, ya que desde su establecimiento en Buenos Aires contó con un eclesiástico, y ¡con qué eclesiástico!, con el celoso propagandista y egregio predicador de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, Padre Manuel Alberti. A la par de él pertenecieron a la Lautaro, católicos de tanta envergadura espiritual como Manuel Antonio Castro, Gervasio Antonio Posadas, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez, Pedro C. Vidal, Marcos y Juan Ramón Balcarce, y otros no pocos, varones no sólo religiosos, pero hasta piadosos todos ellos.

Si la Sociedad Lautaro nada tenía que ver en su origen

y en su acción con las instituciones masónicas de la Europa de entonces, y si conforme a todo lo que arrojan los documentos, sólo se proponía la independencia americana, hemos de convenir que San Martín no era masón.

Pero supongamos que la Logia Lautaro hubiese tenido vinculaciones con las logias de Europa y, lo que en ese supuesto, sería muy probable, con las de Inglaterra; en este caso ¿habría fundamento para aseverar que San Martín, con mayor o menor probabilidad, fué masón?

No titubeamos en afirmar que no, ya que LA MASONERIA, en el sentido heterodoxo y condenado de este vocablo, como después veremos, no sólo no existía entre 1812 y 1823, años en los que San Martín actuó, en el seno de la Lautaro, pero ni existió como institución absolutamente prohibida a los católicos, sino treinta y cuatro años después del deceso de nuestro gran Prócer. Hasta 1884, cuanto más entre 1812 y 1823, la Masonería era considerada, aun por los católicos más ilustrados, como una institución de socorros mutuos, de generosa mutualidad, aunque no faltaban quienes entreveían el espíritu anticristiano en algunas agrupaciones de la misma. Acaecía entonces con las Logias, condenadas después por la Iglesia, lo que está sucediendo hoy día con los centros dependientes del Rotary Club. Ninguna censura ha sido fulminado aún por la Iglesia contra esos cenáculos, aunque en diversas regiones del orbe se ha prohibido a los eclesiásticos el participar en ellos, y todo hace sospechar que, con el correr de los tiempos, esos centros y esa institución, tan plena ésta y tan plenos aquéllos de naturalismo, serán obieto de alguna severa condenación por parte de la autoridad eclesiástica.

Hasta 1832, las Logias inglesas, por ejemplo, no habían sido condenadas, y hasta esa fecha pertenecían a las mismas no pocos católicos, verdaderamente tales. Bastaría recordar que entre 1820 y 1832 no sólo era miembro de la masonería inglesa, sino que era además Jefe de log'ia, un hombre de la prestancia espiritual y cultural de Daniel O'Connell.

Este gran adalid del Catolicismo, amigo de Obispos, Cardenales y Papas, no sólo fué masón (usemos este vocablo, aunque inexactamente) sino que fué Jefe de una logia dublinense, dependiente de las de la Gran Bretaña. Desde 1815 formó O'Connell parte de las logias británicas y fué en 1835, a raíz del Mirari vos de Gregorio XVI, que se alejó de las mismas. Dos años más tarde, sus enemigos políticos le echaron en rostro

el haber sido logista. "Es cierto que he sido masón y jefe de una logia, contestó entonces el gran O'Connell, pero fué cuando ninguna censura eclesiástica había emanado de la autoridad eclesiástica, o a lo menos antes que yo la conociera".

Ante esta confesión de O'Connell, que es de 1837, no extrañará a nadie el saber que cuando el Delegado Pontificio Monseñor Juan Muzi estuvo en Montevideo, a su regreso de Chile, en diciembre de 1824 y enero de 1825, y estuvo en compañía de su secretario Juan Bautista Mastai Ferreti, después Pío IX, a lo menos el primero de ellos, fué solemnemente recibido en la Logia montevideana de la Hermandad, derivación de la Lautaro, y si no en Montevideo, y en 1824 ó 1825, ciertamente en el valle de Palermo, y en la Logia "Eterna Cadena" fué recibido, años después, y con todas las formalidades del caso, el entonces presbítero Juan Mastai Ferreti, natural de Sinigaglia.

Ante estas realidades, nada extraño es que todos los historiadores argentinos de más envergadura y mejor documentados, como ya hemos manifestado, hayan negado el carácter masónico de la Sociedad o Logia Lautaro, y el que aun los mismos masones sensatos y conocedores del pasado, hayan coincidido con ellos. Así el Hermano Luis A. Möhr, en su libro intitulado **Trabajos masónicos**, escribe: "Dicen algunos con el H. . . Soto: desde los albores de nuestra independencia, la masonería nacional combatió desde el taller de la Logia Lautaro contra el trono y el altar. He aquí una exageración que merece ser rectificada, pues:

1) Contra el altar, no. La América de filiación española fué dominada primero, y constituida después, por legiones que profesaban la fe católica. La lucha por la Independencia de la Patria fué iniciada y sostenida por hombres educados en esas creencias religiosas, y el acta del 9 de Julio de 1816, que declaró la emancipación política, lleva, con otras firmas de ilustres ciudadanos, las de ministros de la Iglesia Romana. Tal fué la cuna de la nacionalidad argentina.

2) En cuanto a la primera logia masónica de este valle, la Logia Lautaro... no fué baluarte para combatir al catolicismo, ni mucho menos. La Logia Lautaro sirvió a sus fines memorables, defendiendo a los patriotas de 1810, de las asechanzas de los realistas con la inviolabilidad del secreto que aseguraba el éxito a los titanes de la epopeya americana".

Esto es del Hermano Möhr. Otro Hermano, el Hermano Augusto Barcia Trelles se ha empeñado recientemente, y en

las columnas de VERBUM, revista masónica, en probar el masonismo de San Martín, pero lo único que prueba, y la confesión es tanto más valiosa por proceder de él, es que el nombre de San Martín no aparece en registro masónico alguno, ni de España, ni de Inglaterra, ni de Francia, ni de Bélgica, países en los que vivió nuestro prócer, y en los que no tuvo, según esa declaración, vinculación alguna con las logias europeas, ni antes ni después de su gloriosa actuación militar en América.

De todo lo dicho, se deduce que San Martín no fué masón, pero vamos a probar esta realidad con un argumento decisivo, argumento que no sólo probará esa aseveración, pero probará igualmente que San Martín ni pudo ser masón, a lo menos en el sentido sectario y condenado de este vocablo.

Con fecha 20 de abril de 1884 publicó León XIII su Carta Encíclica *Humanum genus*, cuyo título es *Epistola Encyclica Sssmi. D. N. Leonis XIII quoad sectam Massonum*. Este documento pontificio es el primero que condenó a la Masonería en casi todas sus formas, ramificaciones, entidades, sociedades de unión y benevolencia, etc., etc. Es esa la primera condenación general de casi todas las ramas y derivaciones de la Masonería, hemos dicho, y nos fundamos en lo que dice el mismo León XIII, en dicho documento: "Todo esto y todo lo que vamos a decir, se ha de entender de la Masonería considerada *in genere suo*, esto es, en su tronco primordial y en cuanto tiene ramificaciones conocidamente confederadas, pero no se ha de entender de todos los que forman parte de esas ramas (*non autem de sectoribus earum singulis*"). Y más abajo da la razón: No incluimos a las entidades que *minora conari*, que tienen objetivos secundarios, esto es, que no se proponen combatir a la Iglesia, sino que tienen otros fines religiosamente intrascendentes. Tal era ciertamente la índole de la Logia Lautaro y por haber sido esa su naturaleza, ni aun después de 1884 hubiera caído bajo la condenación pontificia, si hubiese subsistido entonces.

En este solemne documento condena León XIII a la Masonería, con la reserva ya indicada, y recuerda cómo sus predecesores, Clemente XII en 1738; Benedicto XV en 1751, Pío VII en 1821, León XII en 1829, y en fechas posteriores Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, "monuerunt", esto es, avisaron, llamaron la atención a los católicos para que se precavieran contra las asechanzas de las Logias Masónicas, pero no dice ni indica siquiera que dichos Pontífices las hubieran condenado, aunque nos consta que efectivamente condenaron tales o cua-

les ramas de índole masónica, como la de los Carbonarii y la de los Universitarii.

Bastaría, señoras y señores, el solo recuerdo de esta Encíclica de León XIII, que es, como dijimos, del 20 de abril de 1884, más de un cuarto de siglo después de la muerte de San Martín, para declarar, sin lugar a titubeos, que el gran prócer de la Patria Argentina no fué, ni pudo ser masón, a lo menos en el sentido abominado y abominable de este vocablo, aunque fué miembro de la Sociedad o Logia Lautaro, sociedad o logia, entera y absolutamente inocua.

San Martín, pues, no era masón, ni pudo ser masón, y es igualmente evidente que no fué deísta. Ello quedará evidenciado si probamos que su conducta religiosa, de la que dió tantas muestras, fué real y fué sincera, esto es, que respondía a los postulados más íntimos de su nobilísima alma.

Ni Mitre, el hijo querido de las Logias norteañas, ni Otero el fraile apóstata, ni Carranza, ni Juan María Gutiérrez, liberales notorios, aceptan que San Martín haya sido masón, pero indican que su religiosidad fué de quita y pon, que obedeció a móviles políticos, que fué un medio de salir con sus objetivos sociales, políticos y militares.

A nuestro ver, quienes así piensan y quienes así escriben, con relación a las ideas y sentimientos religiosos del soldado de Yapeyú, no se percatan de que infieren al héroe de la Patria Argentina, la más flagrante ofensa, ya que, sin pretenderlo (así lo hemos de suponer), sin quererlo (así lo hemos de presumir), clasifican a San Martín entre los simuladores, entre los farsantes, entre los arlequines metanles.

San Martín, digámoslo sin rebozo, era incapaz de simular: por eso, si fué un gran soldado y si fué un gran caballero y si fué un gran patriota, fué, es cosa sabida, (lejos de nosotros el querer ofender su memoria que nos es sagrada), fué un político endeble. Era su carácter: nunca se divorciaron en él las palabras y los sentimientos, las apariencias externas y las realidades internas.

Cierto y ciertísimo es, a nuestro juicio, que si no LOS historiadores citados, la HISTORIA SI nos prueba, abundantemente y eficientemente, que el General José de San Martín era católico y era católico práctico; aún más: era un católico práctico, de espíritu y de tendencias apostólicas, esto es, propugnador de la doctrina, de la moral y de las devociones piadosas.

Una sana política, si es que obraba por causales políticos

y no por convicciones religiosas, le pudo inducir a formar su hogar con la bendición de la Iglesia, como era entonces tradicional, pero no es concebible que, por razones políticas, se acercara en esa oportunidad a recibir la absolución de sus pecados y se acercara, igualmente, a recibir la Sagrada Comunión.

Por razones políticas pudo, después de triunfar en San Lorenzo, agradecer a los Padres Franciscanos la hospitalidad que le habían brindado, antes y después de la refriega, pero no concebimos que por solas razones de esa índole, se expresara en esa misiva con frases tan efusivamente cariñosas y afectuosas, y menos aún entendemos que, por solas razones políticas, ordenara la celebración de varias misas, rezadas unas y cantadas otras, por los fallecidos en el campo de la lid.

Por razones políticas, nada condenables, se concibe que al organizar el Ejército de los Andes, permitiera y aún facilitara a sus soldados el oír la Misa dominical y hasta les proporcionara los necesarios capellanes, pero por razones de esa índole, no se concibe el que desterrara el duelo militar, tan tradicional entonces en todos los ejércitos, y el que implantara el rezo del santo rosario, por compañías o escuadrones.

Por razones políticas es concebible que permitiera que los Capellanes desearan poner, y ellos, en efecto, pusieran bajo la protección y égida de María Santísima, la bravísima empresa de cruzar los Andes, y hasta es concebible que hiciera acto de presencia en esa solemnidad, pero por causales de esa índole no se concibe que fuera él quien personalmente tomara esa iniciativa, y al efecto reuniera a su Estado Mayor para discutir, si sería bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Carmen o bajo la advocación de la Merced, que se había de poner tan extraordinaria empresa, y no se concibe que en aquella magna demostración de fe dejara de ser un personaje pasivo, meramente decorativo, respetuoso pero indiferente, antes por el contrario fuera él el alma de aquel acto religioso-patriótico, y con toda la gallardía, que le era propia, y con toda esa devoción de un hombre de fe arraigadísima y de sincerísimo afecto a Nuestra Señora, se consagrara a Ella, y a Ella consagrara su ejército.

Como político de buena ley pudo ordenar que, durante los quince días que en Mendoza se predicaba una misión, quedaran clausurados los almacenes y tiendas, a fin de que todos los que lo desearan, pudieran acudir a los sermones y demás actos religiosos, pero no es concebible que por meras razones políticas prohibiera la blasfemia, entonces dominante en estas regiones

de América, y ordenara que toda expresión ofensiva a Dios, a la Virgen Santísima y a los Santos, fuera castigada con penas tan atroces que, aun hoy, nos horrorizan.

Por razones de buena política se explica el que, mientras estuvo en Mendoza, con el ejército ya listo para cruzar los Andes, asistiera dominicalmente a Misa, con su estado mayor y al frente de las tropas, pero por razones políticas no se comprende que, cuando el ejército estaba aún en ciernes, oyera sus misas dominicales en la Capilla del Plumerillo, como declaraba después el General Pedro Pascual Segura, hijo del dueño de la finca en que se encontraba esa capilla, y mientras estuvo en Montevideo, al regresar al país en 1829, oyera dominicalmente la Santa Misa en un templo de esa ciudad, como pudo referir después quien fué entonces su íntimo amigo, don Francisco A. Gómez.

Para congraciarse con el católico pueblo limeño pudo San Martín, al declarar la independencia del Perú y promulgar la primera Constitución, que debía regir aquella nueva nación, invocar, como en efecto, invocó el nombre de Dios Todopoderoso, pero no había razón, si sólo se proponía ese objetivo, para estampar aquel artículo 3, por el que "nadie podrá ser funcionario público, si no profesa la religión del estado", que es la católica, apostólica, romana.

Razones humanas de buena política pudieron inducirle a ser respetuoso con los Obispos, con el clero regular y secular, pero su conducta tan humilde y filial aun con los prelados que se oponían a la causa americana, es prueba de que veía en ellos a los sucesores de los Apóstoles y a los ministros de Cristo. Recuérdense, sino, las bellas y afectuosas cartas que mediaron entre él y el Arzobispo de Lima, y cómo ese prelado, al retirarse a España, donó a San Martín su carroza y una imagen de la Santísima Virgen.

Muchos, muchísimos, son los actos públicos de la vida del General San Martín que son ininteligibles si sólo se quiere ver en ellos causales políticas, motivos prudenciales, razones humanas. Llámense Mitre, Otero, Carranza, Rojas o Carbia, para el caso lo mismo da, hemos de aseverar que no llegaron a conocer el alma de San Martín, si, al través de tantos hechos (y sólo hemos indicado algunos), no llegaron a conocer la catolicidad íntima arraigada y firme del gran Soldado argentino.

Está en lo cierto el Cardenal Caggiano cuando escribe que "los atrevidos y audaces, que han puesto en duda la cristiana

devoción de San Martín, desconocen su grandeza. No fué hombre capaz de fingir. Como decía las cosas, así las practicaba".

Y está en lo cierto el doctor Arturo Capdevila, miembro también, de número, de la Academia Nacional de la Historia, cuando escribe con referencia a uno solo de los hechos en la vida de San Martín, pero sin duda a uno de los que podrían ser interpretados más desfavorablemente: "Censurable ligereza sería tomar la designación de Patrona del Ejército, como un acto político de la vida militar de San Martín. Es un acto religioso típico, que define a San Martín como a un perfecto católico, apostólico, romano, creyente como el que más en la Madre Purísima, María Santísima".

Está en lo cierto y está en lo lógico el Eminentísimo Sr. Cardenal de Rosario y está en lo cierto el doctor Arturo Capdevila, y está en lo cierto el doctor Armando Tonelli, la autoridad máxima en todo lo referente a la vida espiritual del General San Martín, al aseverar que es inadmisibile, desde todo punto de vista, el suponer dualismo en la conducta del prócer máximo argentino.

Después de sus triunfos y cuando ellos le habían conquistado la admiración y las simpatías de todos los argentinos, y cuando no eran menester actos religiosos ficticios para acrecentar su prestigio, ni para aumentar su autoridad, efectúa San Martín dos actos que deben ser recordados y valorados en todo lo que tienen de excepcional.

En 1823, cuando se hallaba, de paso, en Buenos Aires, arribó a esa ciudad el Delegado Pontificio, Mons. Juan Muzi. Las autoridades civiles, con Rivadavia al frente, y las autoridades eclesiásticas, inducidas por el lacayo rivadaviano, el Deán Zavaleta, ignoraron o pretendieron ignorar la presencia del enviado papal, pero San Martín, el héroe a quien, en esos momentos, nimbaba la gloria más grande que ha coronado frente alguna argentina, no una, sino dos veces, pasó a saludar y conversar con el representante pontificio. Este, a su vez, agradeció tan noble actitud, visitando a San Martín en su propia casa.

El otro hecho corresponde al año 1829. Con el fin de ofrecer sus servicios a la Patria, en la guerra contra el Brasil, abandonó nuestro héroe máximo la tranquilidad, de que disfrutaba en la vieja Europa, pero al llegar a Montevideo supo que aquella guerra había terminado y que las Euménides de la revolución, desatadas por la insensatez criminal de Rivadavia, destrozaban el país. Se abstuvo de pasar el Río; permaneció en Montevideo.

Allí trató íntimamente con Francisco Gómez, hermano de Andrés, General de la Independencia, y del Coronel Leandro, el héroe de Paysandú, y es Francisco Gómez quien nos informa por lo que vió mientras trató a nuestro prócer, que "era San Martín muy religioso", son palabras de Gómez, quien agrega que "Lo vi varias veces en la (Iglesia) Matriz, sobre todo en las misas de los domingos, donde concurríamos infaltablemente".

Pero prescindiendo de todos estos actos públicos, tantos y tan expresivos de su religiosidad, existen hechos de carácter reservado, íntimo, secreto, que confirman esa catolicidad de raíces hondas y de ramificaciones que se extendían a todas las acciones, pensamientos, ideales y objetivos del cristianísimo espíritu del General José de San Martín.

Escribe a Pedro Molina que su salud ha sido tan mala que creyó llegaba su fin, en abril de 1836, y agrega: "Pero como sólo Dios es el que dispone de las cosas de esta vida, El ha permitido que lejos de sucumbir, le haya recobrado en términos que, hace años, que no me encuentro tan bueno.

Escribe a Miguel de la Barra, en 22 de julio de 1842, y después de recordar la enfermedad de Juan Pedro Darther y la muerte de Estanislao Darther: "estos golpes repetidos me afectan, escribe San Martín, pero gracias sean dadas a Dios, mi salud quebrantada ha podido soportar estas desgracias.

Escribe confidencialmente a Godoy Cruz, con fecha 3 de octubre de 1816, y estampa estas bellísimas frases: "cuénteme lo que haya de Europa, y dedique para su amigo media hora cada correo, que Dios y Nuestra Madre y Señora de Mercedes se lo recompensarán".

Escribe a su amigo Vicente Chilavert, con fecha 30 de setiembre de 1823 y le manifiesta que no le sobra tiempo pues lo tiene "dedicado a prepararme a bien morir (no como usted) sino como un buen cristiano, que por su salud y achaques ya no puede pecar".

Escribe a Tomás Godoy Cruz, a 24 de mayo de 1816, y le dice que urge que el Congreso, a reunirse en Tucumán, declare la Independencia. Por lo que respeta al sistema de gobierno, lo mismo le da que sea de una u otra naturaleza, con tal que no tenga "tendencia a destruir nuestra religión". Se acordaba, sin duda, de los energúmenos que en la Asamblea del año XIII tuvieron esa tendencia.

Frases, como estas, son tan frecuentes como espontáneas, y están escritas aun en momentos álgidos de febril labor, y se

encuentran en misivas destinadas, no a sacerdotes o a religiosos, sino a políticos de la época, como Tomás Guido, como Godoy Cruz, como Chilavert, como Pueyrredón. Expresiones de menos cuantía, como Dios me dé acierto para salir bien de este lance, Espero en Dios que todo se hará felizmente, Dios nos inspire acierto para formar ese centro, Por todo ello gracias sean dadas a Dios, Como sólo Dios es el que dispone, etc., etc., son innumerables en las catras de San Martín.

Y no quiero pasar adelante sin hacer una declaración. No he leído escrito alguno referente a San Martín, fuera de algunos insidiosos panfletos, a los que más adelante me he de referir, ni he leído escrito alguno proveniente de su pluma, harto fácil y fecunda, en los que haya yo tropezado con un hecho, con un dicho, de índole tan baja, vil, anticatólica o anticristiana, que la caridad o la conmiseración me hayan inducido a tender sobre ellos el velo del olvido. Os lo aseguro, señoras y señores, os lo aseguro sin ocultaciones de ninguna laya, sin pretericiones voluntarias, sin restricciones mentales: nada, absolutamente nada, hay, en esa vida robusta y austera, viril y dinámica, de que los argentinos, como hombres, como patriotas, como cristianos y como católicos, debamos avergonzarnos.

De todas las frases recordadas más arriba, hay dos que requieren especial comentario: la que tan bellamente pone de relieve su filial devoción a la Virgen Santísima y la que se refiere a su deseo de disponerse a morir como debe morir todo buen cristiano.

"Cuénteme lo que haya de Europa y dedique para su amigo media hora cada correo, que Dios y Nuestra Madre y Señora de Mercedes se lo recompensarán", escribía San Martín a Godoy Cruz, con fecha 3 de octubre de 1816, y algo análogo debió de estampar en una misiva, de esa época, escrita al Director Pueyrredón, ya que éste, en febrero de 1817, y después de comentar una carta de San Martín, stampa esta expresión: "¡Ojalá sea Ud. oído de nuestra Madre y Señora de Mercedes!"

Ni creáis que aquella frase, expresiva de la devoción de San Martín a Nuestra Señora, sea única. El amor filial a la que es Madre de Dios y Madre de los hombres, llena la vida toda del gran soldado de Yapeyú, y esa realidad es el más elocuente mentís de su supuesto deísmo.

En los días de su juventud, perseguido por las turbas gaitanas, que pretendían asesinarle, como habían asesinado al General Solano, de quien era San Martín edecán, se acoge éste

a un nicho que había en la esquina de un cruce de calles, nicho en el que había una imagen de Nuestra Señora: “¿Vais a dañar a quien se ha acogido al amparo de María?” profirió entonces uno de los presentes, y ante esa consideración, retiróse la turba y se libró así el joven San Martín, de ser sacrificado en las calles de Cádiz por la plebe enfurecida; de regreso a su Patria y hallándose al frente del Ejército del Norte, enferma de gravedad; se retira a Saldán, en las cercanías de Córdoba, y a la casa del doctor Eduardo Bulnes, en la que había un oratorio dedicado a Nuestra Señora del Carmen. Algo prodigioso, desconocido todavía en sus detalles, acaeció entonces, como tan bella como fundadamente acaba de exponer el doctor Arturo Capdevila; no sólo restablece su salud en forma firme y perenne, sino que desde entonces es la Virgen del Carmen la estrella luminosa de nuestro prócer máximo. La conversación con Pueyrredón, en la que se planeó la liberación de Chile y del Perú, tuvo lugar la víspera del día de Nuestra Señora del Carmen; aquella reunión de oficiales, provocada y presidida por San Martín, y en la que se discutió sobre si poner al ejército de los Andes bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Merced o Nuestra Señora del Carmen “y de la que salió electa” esta última, como escribía después el General Espejo, parece indicar que la tropa deseaba que fuera Nuestra Señora de la Merced la preferida, pero San Martín tenía sus razones para preferir a la Virgen del Carmen; consagra a Nuestra Señora del Carmen el más glorioso de los Ejércitos, y entrega a ella su bastón de mando y, apenas ha cruzado, y triunfado en Chacabuco y Maipú, escribe de su puño y letra aquella bellísima misiva: “La decidida protección que ha prestado al Ejército de los Andes su Patrona y Generala, Nuestra Madre y Señora del Carmen, son demasiado visibles. Un cristiano reconocimiento me estimula a presentar a dicha Señora, el adjunto bastón como propiedad suya y como distintivo del mando supremo que tiene sobre dicho ejército”; desde Buenos Aires hasta Lima, desde que inicia sus campañas en América hasta que abandona nuestro suelo, lleva en su atalaje un hermoso y devoto cuadro de la Virgen del Carmen de 38 x 31 centímetros, que regaló después al General Las Heras y hoy se halla en poder del Ingeniero Domingo G. Castellano; años atrás dudábamos de la veracidad de este hecho, pero posteriormente hemos podido constatar su historicidad. Ojalá podamos algún día comprobar que el relicario de Nuestra Señora de Luján, que se conserva en el Museo Histó-

rico de esa localidad, estuvo efectivamente en poder de San Martín, desde 1813 hasta 1823, y que lo llevaba siempre sobre su persona, como se afirma.

No podemos comprobar este hecho, pero los hechos ya recordados, son harto elocuentes y ellos ponen de manifiesto el espíritu mariano, la devoción a la Virgen Santísima, que fué una de las notas características de la religiosidad del General San Martín y conste que prescindimos de muchos otros rasgos, como de sus dos visitas al Santuario de Luján, donde se postró ante la histórica imagen. Después de su deceso no fué él quien se vinculó con Nuestra Señora, sino que fué ella, Notre Dame de Boulogne, quien recibió sus restos mortales y los conservó hasta que fueron trasladados a Buenos Aires. La capilla donde hoy se conservan fué, hasta 1870, el altar o Capilla de Nuestra Señora de la Paz, donde estuvo desde mediados del siglo XVIII, una imagen de esa advocación, traída a Buenos Aires por el Obispo Marsellano y Agramont.

Pregunto, Señoras y Señores: ¿es concebible que fuera San Martín, ese San Martín piadoso, piadosísimo, que acabo de evocar, es posible que se pueda decir de él que era un deista, un cultor de la religión del vago, es decir, del que no tiene religión, ni la quiere tener, aunque la tuvo en alguna época de su vida y sólo ha guardado de la misma, un recuerdo nostálgico?

Pregunto nuevamente: ¿es concebible que quien dió tantas muestras de religiosidad, así en público como privado, así en forma activa como en forma pasiva, explícitamente en muchas ocasiones, implícitamente en tantas otras, haya tenido por móvil, por resorte, el disimulo, la política, la mentira y la farsa?

A 30 de septiembre de 1823, consumada ya tan heroica como brillantísimamente su gloriosa y titánica misión de Libertador, escribe San Martín a Vicente Chilavert aquellas elocuentísimas frases, a las que ya nos hemos referido: Me dice Vd. que "mi situación (actual, lejos de los campos de batalla) me permitirá el tiempo suficiente para leer las cartas de mis rancios amigos; sin embargo no lo tengo muy sobrante, pues él es dedicado a prepararme a bien morir, (no como Vd.) sino como un buen cristiano".

Y todo nos induce a creer que efectivamente consagró a ese fin el último cuarto de siglo de su existencia. En compañía de su hija y de pocos amigos, dos de los cuales eran sacerdotes, pasó San Martín los últimos cinco lustros de su vida, a las veces en la pobreza y miseria, siempre con esa austeridad monacal,

que tanto decía con su carácter y espíritu, entregado a la lectura de obras selectas, a la contemplación de la naturaleza y a la devoción. En 1914, como escribí algo después en *Nuestra Revista*, visité en La Plata a Monseñor Terrero y pude ver y tener en mis manos el *Libro de horas*, esto es, el devocionario que había pertenecido a San Martín y que él usaba en los postreros años de su vida.

Murió sin recibir los sacramentos. Es verdad, pero también lo es que su muerte fué repentina e inesperada, a lo menos fué inesperada para sus familiares y amigos, no para él que, a lo menos desde 1823, venía preparándose para bien morir. El diplomático chileno, Francisco Javier Rosales, en cuyos brazos espiró nuestro gran prócer, pudo escribir, poco después, a su gobierno, que San Martín había "acabado sus días con la calma del justo", frase que parece un eco de la de S. Juan en el Apocalipsis: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor". Cuando don Félix Frías, horas después, llegó a la casa mortuoria halló dos Religiosas orando junto al cadáver y sobre el mismo un crucifijo, y supo que, antes que él arribara, había estado el Abate Hafreigne, uno de los más íntimos amigos, con que contó San Martín en los postreros años de su vida.

Su testamento, se dirá, carece de las fórmulas cristianas tradicionales y de las mandas de misas. Es verdad, pero ese documento fué escrito en un momento de gravedad física, y por eso es tan breve como desordenado. Bien dijo Vicuña Mackenna que más que un testamento, parece ser la minuta de un testamento, escrito como un parte de batalla, en medio de la refriega. No obstante, inicia San Martín ese testamento: "En nombre de Dios Todopoderoso, a quien reconozco como Hacedor del Universo".

Se ha querido ver, en esta expresión, el eco de una locución masónica, referente al Supremo Arquitecto del Universo, pero ¿no es infinitamente más lógico, más obvio, más cuerdo, más sensato, considerar esa expresión como el eco cabal de las palabras con que comienza nuestro Credo: Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra?

Y no se diga que desarmoniza con el inicio habitual de los testamentos de otrora, ya que no sólo de mediados del siglo XIX, sino también de mediados de la centuria anterior, abundan los testamentos que comienzan con esas textuales palabras. Aun más: los testamentos que consignan otras expresiones religiosas, los que precisan diversos artículos de la Fe, los que

hacen atestación de fidelidad al dogma y a la moral, además de ser los menos en número, son los menos expresivos, ya que todas esas expresiones teológicas están calcadas en los formularios que se hallan en los manuales o **Práctica de hacer Testamentos**, de los que son autores, entre otros, el americano Baddillo y el hispano Murillo.

Antes de proseguir, anotemos un hecho: el testamento de San Martín, a que nos venimos refiriendo, no fué su testamento definitivo. Este llegó a escribirse, como a Guido se lo indicaba el mismo San Martín, al manifestarle que: por uno de los artículos de mi testamento dispongo que todos mis papeles pasen a tu poder, después de mis días.

Pero volviendo al testamento de 1844, que es el único que ha llegado hasta nosotros, hay en el mismo un inciso por el que prohíbe San Martín el que se le hagan funerales. Esta expresión ha sido piedra de escándalo para no pocos. Pero es evidente que sólo se refería San Martín a los funerales pomposos, tan poco en consonancia con su carácter austero y con su habitual modestia. Así lo entendieron sus familiares, y nadie mejor que ellos para entender la voluntad del finado; ellos ciertamente se abstuvieron de hacerle, o permitir que se le hicieran, funerales llamativos y ostentosos, pero en primer lugar, llevaron sus restos a la parroquia, donde varios sacerdotes rezaron responsos sencillos y, en segundo lugar, dieron sepultura a los despojos mortales del gran soldado en el panteón de la Iglesia de Notre Dame de Boulogne. Lógicamente hemos de suponer que ambas cosas estaban en acuerdo con la voluntad de San Martín. Recuérdese lo que nos dicen los conocedores del idioma respecto a la fuerza de la palabra "funerales": "La Iglesia no hace, hablando con propiedad, más que **exequias**; el fausto hace los funerales". Esto leemos en la novísima edición de Barcia, Gran Diccionario de Sinónimos Castellanos, Buenos Aires 1950, página 745.

Hombre público y representante el más vigoroso de una causa nueva, que venía a romper con lo tradicional, contó San Martín con abundantes enemigos, entre los que sentían el peso de su genio. Un clérigo peruano, apelando a la calumnia, quiso presentarle, ante las gentes, como el genio del mal, y le aplicó abultadas todas las monstruosidades que se han atribuido a los tiranos sin conciencia, y a los ateos sin moral. Pero fué otro clérigo quien salió a la defensa de San Martín refutando, una a una, y en forma altamente honorífica para nuestro prócer

máximo, las especies de aquel escrito, tan falto de serenidad, de templanza, de medida y, sobre todo, de verdad.

Y al lado del clérigo hispano-peruano recordemos al caballero y a la dama ingleses, aunque bien poco tenía de caballero el uno, y bien poco tenía de dama la otra, recordemos digo a Lord Cochrane y a Mary Graham, cuyos escritos son una rociada de improperios contra San Martín, ya que para el Almirante inglés, felón y traidor, como para la amiga del mismo, San Martín era un libidinoso, era un licenciado, era un beodo, era un morfinómano, era un aventurero indisciplinado, era un hipócrita sin pudor, era un descreído, cuyo catolicismo no pasaba de ser una añagaza, y en quien había hecho carne una anarquía y depravación intelectual, superior a toda expresión humana.

Es lógico, y corresponde a la crítica histórica, rechazar de plano, con justísima indignación, tantos agravios y tan infundados, contra San Martín. Querer probar la impiedad del General San Martín, no menos que su anarquía moral y su grosería social, con testimonios de espíritus tan rastreros y depravados como lo fueron Lord Cochrane y Mary Graham, es algo que conspira no sólo contra los cánones históricos, pero aun contra los del sentido común.

No pretendemos canonizar al General José de San Martín, aunque en su apellido lleva ya una especie de canonización, pero queremos que las generaciones argentinas, y los hombres todos de buena voluntad, reconozcan la absoluta integridad y la indiscutible sinceridad, de quien fué, no sólo un católico, y un católico integérrimo, sino también un católico piadoso y hasta apostólico, como se colige de los hechos que acabamos de consignar.

Si no los historiadores que nos han precedido, los Mitres, los Oteros, los Carranzas, y los Carbias, los unos a causa de sus estrechas vinculaciones con las Logias, los otros por ser apóstatas de la Fe católica (después de haberlo sido de la moral católica), éstos por su trasnochado e incurable liberalismo y aquellos por prejuicios imbeciles, o por ignorancia supina de los hechos, han pretendido colgar del cinto militar del General San Martín el innoble mandil de las sectas, o han pretendido rodearle de la vaporosa irreligión de los deistas, y para uno y otro fin han escamoteado los hechos religiosos de índole privada y han interpretado, como actos de política, los de carácter público, nosotros, por una parte, no trepidamos en negar, en forma

absoluta el que haya pertenecido, en tiempo alguno, a las sectas anticristianas, y negamos igualmente ese presunto deísmo, y por otra parte sostenemos y proclamamos, sin temor de ser desmentidos, que la vida toda del General José de San Martín fué la de un católico integralmente tal, aun más, la de un católico ferviente, la de un católico apostólico, de cuyo proceder público y privado, en cuanto es dado conocer, podemos y debemos estar justicieramente orgullosos los católicos argentinos.

G U I L L E R M O F U R L O N G , S. J.